

LUIS DEL ARCO
C. de la Real Academia de la Historia

ESTUDIOS

Históricos, Artísticos y Bibliográficos
referentes a las provincias de Castellón y
Tarragona

Obra ilustrada con numerosos
fotograbados



Antonio Boner

CASTELLÓN
Imp. de Joaquín Barberá

1913

Antonio Penar
- 1923 -

ESTUDIOS HISTÓRICOS, ARTÍSTICOS Y BIBLIOGRÁFICOS

LUIS DEL ARCO
C. de la Real Academia de la Historia

ESTUDIOS

Históricos, Artísticos y Bibliográficos
referentes a las provincias de Castellón y
Tarragona

Obra ilustrada con numerosos
fotgrabados



CASTELLÓN
Imp. de Joaquín Barberá

1913

LIBRO DEL ARCO
C. de la Real Academia de la Historia

ESTUDIOS

Historia, Arte y Literatura

Revista de la Real Academia de la Historia

ES PROPIEDAD

Madrid

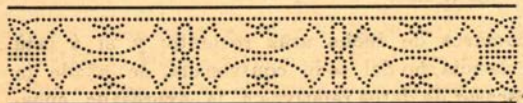
Este estudio con ilustraciones

de la Academia

CASTELLON

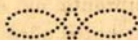
Imp. de Juan B. B. B.

1872



La imprenta en Segorbe

EN EL SIGLO XVII



EL estudio de los orígenes y desarrollo del arte tipográfico en las diversas regiones de nuestra península, ha tomado un incremento tan extraordinario en las dos últimas décadas, que hoy día son muy pocas las ciudades donde no se ha intentado escudriñar las primeras huellas que dejó en su suelo el maravilloso invento de Gutenberg.

Por lo que se refiere á la provincia de Castellón, nada se ha escrito hasta ahora, que yo sepa, acerca de este punto, tal vez porque era opinión generalizada que las primeras manifestaciones del arte de imprimir databan en esta

comarca de fecha asaz reciente; y si á esta creencia, no del todo equivocada, se añade la escasez de datos relativos á la expresada cuestión, no es de extrañar que algunos escritores hayan caído en yerros disculpables, como el anónimo autor de la obra *Noticias de Segorbe y de su obispado*, que pone en el año 1849 el establecimiento de la primera imprenta en aquella localidad.

Precisamente á dicha ciudad, ilustre por más de un concepto, voy á referirme en este sucinto trabajo, utilizando algunas viejas notas que obraban en mi cartera, para dar á conocer la existencia de su imprenta en el primer tercio del siglo XVII, doscientos años antes de que la vieses implantada en su recinto las restantes poblaciones castellonenses.

Corto fué, sin embargo, el lapso de tiempo que la vetusta ciudad segobricense estuvo albergando entre sus muros las prensas tipográficas, y aún hubo en él algunas interrupciones, pero hay que tener en cuenta el carácter ambulante que en aquella época tenía la imprenta, de cuya continua presencia solo podían gozar entonces las grandes poblaciones.

Cuatro son los impresores de Segorbe de quienes he hallado noticias. El primero, que inauguró en 1612 la historia de la imprenta en aquella ciudad, fué Agustín Martínez, pariente á lo que creo, del impresor del mismo apellido que en-

cuentro establecido en Murcia desde 1605 á 1612. Trasladado éste á Orihuela en el último de los citados años, tal vez entonces, separándose aquel por cuenta propia, llegó á Segorbe con su imprenta, bien llamado por el Cabildo para encomendarle algún trabajo, ó bien con ánimo de probar fortuna á la sombra de la silla episcopal. En uno ú otro caso, lo que sí tengo por seguro es que no debió estampar muchas obras, porque solamente le he visto citado con referencia al año 1612.

El segundo impresor que estuvo establecido en Segorbe fué Juan Pitarch, de quien tampoco he logrado hallar grandes noticias, porque, lo propio que el anterior, solo tuvo montado allí su taller durante el expresado año 1612. Atendiendo á esta rara circunstancia, y fijándome en su apellido (que el Sr. Serrano y Morales (1) no menciona entre los impresores valencianos), le creo hijo del país, y me atrevo á sospechar que debió quedarse, en calidad de dueño, con la imprenta del Martínez, pues de este último no he hallado vestigios posteriores á la indicada fecha. Solo he visto, impresa por Pitarch, la siguiente obra: *Vicente Pablo Tristán.—Sumaria relación de la vida y muerte del angélico sacerdote Mossen Francisco Jerónimo Simón, natural de la Ciudad*

(1) *Diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico hasta el año 1868.* Valencia, 1898-99.

de Valencia.—*En Segorbe, por Juan Pitarch, 1612* (Ximeno: *Escritores del reino de Valencia*, tomo I, pág. 259).

El tercero y más importante de los impresores segobricenses fué el valenciano Francisco Felipe Mey, miembro de una que pudiéramos llamar célebre dinastía de impresores y literatos, la



Escudo tipográfico de Felipe Mey

cual, por espacio de cerca de dos siglos, estuvo enalteciendo su apellido con el ejercicio de su noble profesión á través de las ricas comarcas levantinas.

Era hijo del famoso impresor y librero Juan Felipe Mey, uno de los más laboriosos y peritísimos maestros que registran los anales de la tipografía española, y que de modesto oficial del taller de su padre, el flamenco Juan Mey, llegó, por sus propios merecimientos, á desempeñar las cátedras de Prosodia y de Lengua griega en la Universidad de Valencia, sin que por ello abandonara los trabajos peculiares de su establecimiento.

Habiendo ocurrido la muerte de aquel hombre ilustre el 17 de Octubre de 1612, quedó su hijo Francisco Felipe como sucesor y heredero de la imprenta, con la cual al año siguiente se trasladó á Segorbe, seguramente llamado (como lo fué también el pintor Ribalta) por el benemérito obispo de aquella diócesis D. Pedro Ginés de Casanova, valenciano y entusiasta de las letras y las artes, porque de otro modo no me explico aquel viaje, contando como contaba en su ciudad natal con trabajo suficiente. Basta indicar que en aquel mismo año de 1613, y antes de salir de Valencia, llevó á cabo la impresión de dos obras una de su hermano Sebastián y otra del P. Juan de Alba.

La permanencia de Mey en Segorbe fué casi tan efímera como lo habían sido las de sus antecesores, pues solo estuvo allí dos años, 1613 y 1614, regresando en 1615 á Valencia, donde continuó trabajando hasta 1627 en que tuvo lugar su

fallecimiento. He hallado las siguientes obras, estampadas por él en Segorbe:

Romance que contiene la vida y muerte del Reverendo Padre Fray Eugenio de la Oliva, capuchino, Provincial que fué de la provincia de Valencia. —*En Segorbe, por Francisco Felipe Mey, 1613.* (GALLARDO: *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, tomo I, núm. 969).

Gaspar Gil Polo.—*Veneración que en Valencia se hace al Padre Mossen Francisco Jerónimo Simón.* —*En Segorbe, por Felipe Mey, 1613.* (XIMENO: *Escritores del reino de Valencia*, tomo I, pág. 571).

Domingo Salcedo de Loayza.—*Breve y sumaria relación de la vida, muerte y milagros del Venerado Presb. Mossen Francisco Jerónimo Simón, valenciano. Con los túmulos, honras, entradas y presentes que en el término de un año en la ciudad de Valencia se le han hecho, con otras cosas sucedidas.* —*En Segorbe, por Felipe Mey, 1614.* (XIMENO: *Obra citada*, tomo I, pág. 267). Como se vé, esta última obra versa sobre el mismo asunto que la de D. Vicente Pablo Tristán, que imprimió Pitarch.

El cuarto y último impresor de Segorbe fué Miguel Sorolla, natural también de Valencia, donde tuvo establecida desde 1629 á 1641 la imprenta que heredara de su padre. Al igual de sus colegas anteriores, no residió más que un año (1633) en aquella ciudad castellonense, y fruto de sus prensas fué la obra siguiente, dada á co-

nocer por Serrano y Morales en su citado *Diccionario* de las imprentas valencianas:



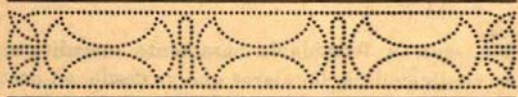
Escudo tipográfico de Miguel Sorolla

Lorenzo Martín Jordán.—Teórica de las tres vías de la vida espiritual.—En Segorbe, por Miguel Sorolla, 1633. De esta curiosa obra presentó un

ejemplar la Biblioteca Nacional en la Exposición Histórico-Europea celebrada en Madrid en 1892.

Después de los tipógrafos que quedan mencionados, no figura ningún otro en Segorbe en lo restante de aquella centuria, ni en toda la siguiente; hasta que ya al mediar el siglo XIX se establece allí, con caracter permanente, el impresor D. Antonio Romani y Burriel.





LAS MURALLAS DE TARRAGONA



POCOS monumentos hay en España tan discutidos como las murallas de Tarragona; esto es una prueba de su grandísima importancia. Cuantos escritores se han ocupado de ellas, tanto españoles como extranjeros, han emitido una opinión nueva respecto al pueblo que las erigió; y hé aquí que después de tantos siglos, aún no sabemos la última palabra acerca de aquel insigne monumento.

La construcción de las murallas de Tarragona hay que remontarla forzosamente á los ignotos tiempos de la fundación de la ciudad, y considerarla como obra de sus primitivos habitantes, pues no se concibe que las primeras gentes que ocuparon la colina sobre que se asienta, dejaran de fortificar ésta contra los ataques de sus vecinos; y, en efecto, los muros que la circun-

dan, con su formidable basamento megalítico, están diciendo á las claras que ya desde su origen fué Tarragona un importante núcleo de población, que había que defender con murallas colosales.



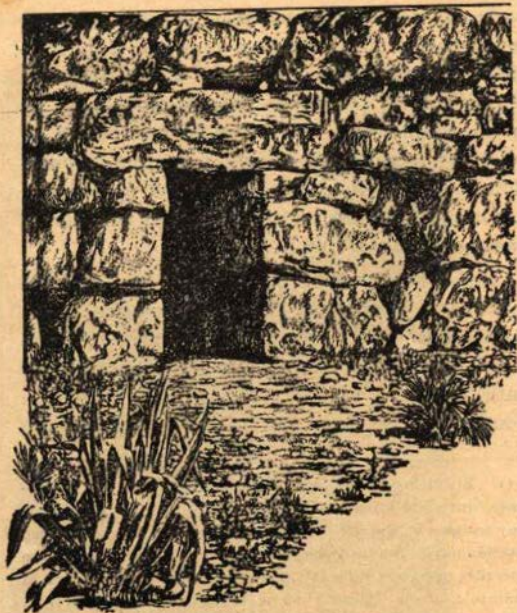
LIENZO DE MURALLA Y TORRE DEL ARZOBISPO

De la remota antigüedad de este núcleo de población, nos hablan los geógrafos griegos anteriores al imperio romano, los cuales citan ya á Tarragona como ciudad antiquísima en su tiempo, y una de las principales de la península, por ser comercio marítimo muy importante de fenicios y cartagineses. (1) Pero donde surge la pluralidad de pareceres, especialmente de los críticos modernos, no es en lo referente á su vetusto abolengo, sino en lo tocante á la cuestión de cuáles fueron sus primeros pobladores, y, por consiguiente, los constructores del enorme basamento mural que la rodea.

¿Qué pueblo fué el que levantó la primitiva muralla de Tarragona? Dice Estrabón que, según Asclepiades el Myrleano, los más antiguos escritores que mencionaron á la gente establecida entre el Ebro y los Pirineos los llamaron *Igleses*, nombre que, según el mismo autor, correspondía

(1) El célebre filósofo, gramático y geógrafo griego Eratóstenes, que vivió hacia el año 270 a. de J. C., decía que desde muy antiguo el puerto de Tarragona era considerado como estación naval, fundándose en la relación de Pytheas, famoso marsellés que en el siglo IV había recorrido las costas de la península, desde Marsella hasta el Estrecho de Gibraltar. Contra esta afirmación protestó el geógrafo y viajero Artemidoro, diciendo que en el puerto de Tarragona ni con áncoras podían estar seguras las embarcaciones; pero hay que advertir que es posible que este autor se refiriera al verdadero puerto de Tarragona, situado al pie de su colina, y aquél al de Salou, que se halla á algunos kilómetros al Sur de la ciudad.

á los primitivos *Iberos*, los cuales poblaban una región bastante extensa al norte de dicho río. Otros geógrafos posteriores, griegos y latinos,



PUERTA PRIMITIVA DE LAS MURALLAS

apoyan lo dicho por aquellos autores, y por esto ha sido creencia generalizada entre los historia-

dores de Tarragona que la fundación de esta ciudad fué obra de los iberos, y que ellos levantaron el basamento megalítico de la muralla que desde su origen debió hacer inexpugnable á la vetusta *Cosse*, metrópoli de toda la *Cossetania*.

Pero no faltan autores, tanto antiguos como modernos, que discrepen de esta opinión general y atribuyan la construcción de aquel discutido basamento á bien distintos pueblos (libio-fenices, heteos, pelagos, etruscos, helenos, latinos, etc.), sin que pueda aceptarse en concreto, como absolutamente cierta, tal ó cual opinión, porque es muy difícil sentar juicios incontrovertibles al tratar de monumentos tan remotos.

Cualquiera que fuese el pueblo que erigió la primitiva muralla de Tarragona, hay que convenir en que indudablemente debió pertenecer á una raza vigorosa; solo así se explica que pudieran ser amontonados aquellos bloques enormes, haciéndoles ascender por planos inclinados, con palancas y á brazo, hasta colocarlos unos sobre otros á considerable altura. Por esto la tradición popular ha calificado dichos muros de *ciclópeos*, dando á entender que fueron obra de *ciclopes*, personajes fabulosos de que nos habla la mitología.

Los que admiten á los iberos como fundadores de Tarragona, creen que á aquella raza debió suceder, en el dominio de la ciudad, otra de origen helénico, tal vez miceniano, que se mezcló con

el pueblo indígena, tomó su alfabeto y fué la que levantó sobre el basamento primitivo la serie de bloques que se presentan almohadillados y con ciertos signos ó letras del alfabeto indíge-



TORRE DEL ARZOBISPO Y CONTRA-MURALLA

na, (1) cuya parte de muralla revela desde luego cierta comunidad de origen con las construcciones de Tyrinto y de Micenas. Después de estas dos civilizaciones, es opinión unánime que no se descubre en las murallas la mano de ningún otro pueblo hasta que dominaron en Tarragona los romanos, siendo éstos los que restauraron sus muros y levantaron sobre el basamento ibérico y los sillares de construcción helénica otra serie de bloques labrados, hasta completar la muralla como actualmente se presenta, excepción hecha del hormigón superior, que es obra de la Edad media y aun de tiempos posteriores.

Hoy día se conserva de estos muros algo más de un kilómetro, habiendo sido destruída toda la parte Sur para dar ensanche á la ciudad por aquel lado; pero antiguamente el perímetro de las murallas era de más de dos, y formaban un polígono irregular, desarrollado según las exigencias de la colina que habían de defender. En cada uno de los ángulos de este polígono se levantaba una torre cuadrada, de las cuales solo quedan tres, siendo la más importante, por lo

(1) La aparición de estos signos ó letras ibéricas en aquellos bloques almohadillados, ha sido uno de los fundamentos en que se han apoyado algunos autores para atribuir á los iberos dicha parte de muralla y considerar el basamento como obra de los griegos; sin ver que con esta opinión, además de alterar la cronología histórica, adjudican al pueblo indígena mayor perfección artística que á los colonizadores helénicos.

bien conservada, la *Torre del Arzobispo*, llamada así porque forma parte del palacio arzobispal. Su basamento es ibérico; sobre él continuaron la edificación los romanos, y en la Edad media se terminó con almenaje, ballesteras y matacanes, como las fortalezas de la reconquista.

También se conservan en muy buen estado varias de las puertas primitivas que servían de ingreso á la ciudad, las cuales estan constituidas invariablemente por enormes peñascos, á guisa de sillares, sin ninguna clase de argamasa ó tra-



PUERTA DE SAN ANTONIO

bazón que los ajuste, lo mismo que ocurre en todo el basamento ibérico. Sus jambas están constituidas por tres ó cuatro grandes bloques, y el dintel por otro bloque gigantesco, sin que se observen en dichas entradas vestigios de haber tenido puertas de hierro ó de madera en sus primitivos tiempos, lo que hace suponer ó que nunca se cerraban (estando en este caso encargada de su custodia una guardia permanente), ó que se cerraban solo en épocas de lucha, por medio de otras piedras, troncos de árboles, tierra acumulada ú otro medio semejante. Además de estas puertas primitivas, de las cuales tal vez en todo tiempo se ha servido la población (como se sirve de una en la actualidad), existen otras dos, que fueron abiertas en fechas relativamente muy modernas para dar mayor desahogo á la ciudad; una es la llamada del *Rosario*, en la parte de la muralla que mira á la carretera de Lérida, y la otra la de *San Antonio*, que se abrió en 1757 para dar entrada á la ciudad por la parte de la carretera de Barcelona.

A pesar del rudo azote de los tiempos, aún son las murallas de Tarragona un monumento tan formidable como lo eran en su época primitiva. Atraídos por su fama, millares de extranjeros, de todos los puntos del orbe, acuden anualmente al pie de sus torreones para contemplar extáticos la gigantesca silueta de aquellos muros seculares. Mas, á despecho de su grandeza, es posible

que las modernas necesidades de expansión ó embellecimiento de las poblaciones, que han dado al traste con tantos monumentos, hubieran privado también á Tarragona de este elocuente testimonio de sus pasadas glorias, si el Estado, percatado de su grandísima importancia, no hubiese declarado las murallas monumento nacional, poniéndolas por consiguiente bajo su tutela.





Las Islas Columbretes

Frente á la provincia de Castellón, á cuya jurisdicción civil pertenece, y á la distancia de unas 30 millas de la costa, se halla situado este pequeño archipiélago, formado por un grupo de catorce ó quince islotes que, rodeados de un peligroso cortejo de bancos de lava y escollos, elevan sus menguados picos sobre la superficie del Mediterráneo.

En la nomenclatura oficial, estos islotes se denominan Columbrete grande ó Monte Colibre, Ferrera, Galiano (1), Valdés, Malaspina, Navarrete, Bauzá, Espinosa, Cerquero, Churruca, et-

(1) Este islote se llama también el *Bergantín*, porque su pico más alto se eleva, á manera de columna, 32 metros sobre el nivel del mar, y áparece á lo lejos como la silueta de un bergantín á la vela.

cétera; pero el vulgo ha sustituido esta nomenclatura por otra mucho más gráfica y popular, bautizándolos en dialecto del país con los nombres de el *Morrot*, el *Fumat*, la *Siñoreta*, la *Foradá*, el *Caballot*, el *Mascarat* y otros varios, con los cuales son conocidos en toda la región valenciana.

Todos los islotes de las Columbretes no tienen juntos una extensión superficial de más de medio kilómetro cuadrado, ni su posesión puede reportar utilidad de ninguna especie, porque, aparte de sus cortas proporciones, casi todos son inaccesibles, y su suelo, de origen volcánico, es abrupto y estéril, hasta el punto de no existir en ellos agua potable. Por eso el Gobierno español se ha limitado á colocar allí, para aviso de los navegantes, una torre-faro de primera clase en la isla de Monte Colibre, que merced á esta circunstancia es la única que está habitada.

Esta isla es la mayor del archipiélago, y junto con alguna otra puede verse en días despejados desde las montañas de la costa. Tiene la forma de una media luna, abierta por la parte que mira á Levante, y se compone de dos colinas unidas entre sí por un basamento de lavas y escorias, de las cuales la más septentrional y redonda se eleva á unos 70 metros sobre el nivel del mar, y en ella está situado el faro. Al pié de ambas colinas hay una ensenada en forma de

herradura, que es el cráter de un antiguo volcán. Hoy sirve esta ensenada de fondeadero, y



ISLA DE MONTE COLIBRE

en ella se halla el llamado puerto de Tofiño, que no es más que una escalinata tallada en la roca volcánica, de donde arranca el tortuoso sendero que conduce á la cúspide del monte.

Los antiguos conocieron estas islas, aunque es de creer, por el relato que de ellas nos hacen

los geógrafos de aquel tiempo, que tampoco se aprovecharon de ellas los primitivos navegantes del Mediterráneo. Estrabón dice que estaban deshabitadas, y llama á la mayor *Ophiussa*, nombre que le dieron los griegos por abundar en su suelo las serpientes (1). Los latinos la llamaron *Colubraria*, (Isla de las culebras, de *coluber*, vocablo latino que viene á significar lo mismo que el griego *ophis*; y del nombre latino se formó más adelante el moderno de *Columbretes*, con que se designa á todo aquel archipiélago. (2)

Del hecho cierto de abundar en la *Colubraria* las serpientes (como abundan todavía en los restantes islotes) y del de estar deshabitada la isla, sacó materia el geógrafo español Pomponio Mela para forjar la leyenda, muy extendida en la antigüedad, de que todo el que abordaba en ella era atacado al instante por los reptiles de que estaba infestada, si no llevaba consigo polvo de tierra de la vecina isla de Ebuso (Ibiza),

(1) Refiere el geógrafo Eustacio, que por esta misma circunstancia los griegos dieron igual nombre á otras varias islas del Mediterráneo, entre ellas la de Rodas, que se llamó también *Ophiussa* en la antigüedad.

(2) En la geografía antigua se dió el nombre de *Columba* á una isla cercana á las Baleares, por anidar en sus rocas una especie de aves llamadas *columbinos*, de la familia de las palomas. Se cree que dicha isla era la *Colubraria*, y por eso algunos autores se figuran que el nombre moderno se deriva etimológicamente de *Columba* ó *Columbaria* (Isla de las palomas).

el cual, esparcido alrededor del viajero, tenía la virtud de hacer huir asustados á aquellos ponzoñosos ofidios. Plinio, como otros geógrafos posteriores, dió cabida á aquella fábula en su *Historia natural*, confirmando la especie aventurada por Mela con las siguientes palabras: *Ebusi terra serpentes fugat, Colubrariae parit*; esto es, la tierra de Ebuso ahuyenta las serpientes, la de Colubraria las pare (1).

A pesar de esta terrorífica leyenda, durante la Edad media fueron las Columbretes frecuentado refugio de los piratas berberiscos, que las utilizaron como punto de etapa de sus correrías y próximo atisbadero del litoral castellonense, sobre el cual caían en feroces bandas cuando llegaba la ocasión propicia, saqueando á Benicarló, Oropesa, Benicasim, Almazora y demás poblaciones marítimas, que para avisar la presencia de aquellos foragidos y rechazar sus ataques tuvieron que levantar una serie de torreones á lo largo de la costa, alguno de los cuales todavía se conserva.

Hoy, como hemos dicho, siguen deshabitadas

(1) Plinio, sin embargo, al copiar á P. Mela, se equivocó respecto á la situación de la Colubraria, pues confundió esta isla con la menor de las *Pityusas* (Formentera), y dice que estaba situada frente á la desembocadura del río *Suero* (Júcar), tomando sin duda este río por el Mijares, frente á cuya desembocadura es donde se encuentran las Columbretes.

las Columbretes y solo hay en Monte Colibre el personal del faro, que cuenta para su servicio de abastecimiento con un vapor correo mensual, que antes salía del puerto de Castellón y ahora lo verifica del de Valencia. Para instalar en Monte Colibre las familias de los torreros hubo que quemar por dos veces los matorrales del islote, que servían de abrigo á numerosos reptiles; pero si se ha logrado extirpar éstos del islote mayor, aún quedan en él los alacranes, en cantidad tan asombrosa, dice un autor, que basta levantar la piedra más insignificante para encontrarlos.





EL ARCO ROMANO DE CABANES

Hay esparcidos por el territorio de nuestra península una multitud de monumentos de la época romana, que atestiguan la grandeza del imperio y la predilección que los Césares tuvieron por esta rica provincia; y uno de estos mudos testimonios de nuestro pasado histórico es el arco que á través de veinte siglos ostenta su descarnada mole no lejos de la villa de Cabanes, la antigua *Ildum* de los romanos. (1)

Aunque se haya escrito bastante de este arco, no se le ha dado toda la importancia que merece, por lo menos en lo tocante al carácter del monu-

(1) Si la romana *Ildum* es la actual villa de Cabanes, como pretenden la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, hay que convenir en que lo que le dió importancia fué la circunstancia de pasar junto á ella la *Via Máxima*, llamada también *Augusta*, que desde Roma llegaba hasta el Estrecho de Gibraltar y á la cual hacen referencia algunas columnas milia-
rias que se han encontrado en aquellos lugares.

mento, ya que no se la puede adjudicar del mismo modo en lo que se refiere á su grandeza arquitectónica; porque si bien no puede competir en belleza artística con el de Trajano (Mérida) el de Bará (Tarragona) y á lo sumo algún otro, hay que tener presente que el de Cabanes constituye con los citados, el escaso grupo de monumentos conmemorativos que de aquél tiempo nos restan.

Los romanos fueron pródigos en obras de utilidad pública, de esparcimiento ó de carácter oficial, y sembraron nuestro suelo de puentes, acueductos, calzadas, torreones, anfiteatros, etc., etcétera; pero en cambio son muy escasos los ejemplares que existen de arcos triunfales como el que motiva estas líneas, á los cuales solo podía dar origen ó el capricho de un potentado ó algún importante acontecimiento civil, político ó militar.

¿Cuándo y con qué objeto fué levantado este arco? No es fácil contestar á esta pregunta, porque ni la historia ni la arqueología arrojan luz sobre dichos extremos, y solamente es dable fundarse en conjeturas; ya lo han dicho todos cuantos se han acupado de esta cuestión. Beuter y otros historiadores regionales dan al arco una respetable antigüedad, remontando su construcción á los tiempos de las luchas entre cartagineses y romanos, y atribuyéndola al deseo de perpetuar las victorias de Lucio Marcio sobre los cartagineses. Otros, en cambio, como el Príncipe Pío, fundándose en la índole de su arquitectura,

lo relegan á la época de decadencia del imperio romano.

Los autores regionales y locales de nuestros días, como Mundina, Llorente, Balbas, etc., se limitan á reproducir lo expuesto por unos y por otros, porque el estado de la cuestión no permite otra cosa, si bien no falta quien, sin aportar razones de ninguna especie, ni señalar el texto de que tomó la cita, llegue hasta precisar la fecha exacta en que se llevó á cabo la construcción del monumento. (1)



ARCO ROMANO DE CABANES

(1) Aludimos al Sr. Mundina, que dice en su obra que el año 129 a. de J. C. se verificó la construcción del arco, en recuerdo, según él, de la paz que disfrutó el país después de la guerra de Numancia.

Nuestra humilde opinión acerca de este discutido arco, es bien distinta de las que quedan indicadas, sin que esto sea querer sentar plaza de críticos, y sí solamente oficiar de meros descriptores de un monumento que, como á todos, nos interesa, por ser un hermoso recuerdo artístico de aquella época de nuestra historia.

Respecto á la fecha de su construcción (punto sumamente difícil de precisar en estos casos) no nos parece tan posterior como la cree el Príncipe Pío, y menos tan remota como la suponen Beuter y demás historiadores, pues no es admisible que se levantara el arco en una época en que nuestro suelo se veía agitado por continuas luchas, y para conmemorar una victoria que no era definitiva ni mucho menos. A nuestro entender, la erección del arco debe colocarse en tiempos de los emperadores españoles; ya en el de Trajano, bajo cuyo reinado se realizaron casi todas las obras de carácter público que hoy conservamos, y con ellas muchos arcos triunfales, como el de Mérida (que lleva su nombre) el de Bará, en Tarragona, etc.; ó ya bajo el reinado de Adriano, que visitó el país, y á quien tal vez la diligente *Ildum*, ó alguno de los próceres romanos que en ella residieran, quiso rendir perpétuo homenaje, levantando aquel arco triunfal junto á la *Vía Máxima*, que entonces tocaba á la población (1).

(1) Aún se distinguen las huellas de esta vía, que las gentes

Todo el arco está construido con sillares de granito, de las canteras del país, y no con bloques de mármol, como han dado en decir algunos autores; y por lo que se refiere á su estado actual, no creemos que el arco quedara sin terminar, como supone Balbas, pues ni ello era frecuente en aquel pueblo eminentemente práctico y severo, ni es de presumir dicha circunstancia dada la clase de monumento. Antes bien, la existencia de los agujeros que se ven sobre los bloques centrales de la única hilera de dovelas que existe, demuestra claramente que en ellos y sobre las impostas hoy vacías había de apoyarse la parte superior del arco, el cual debió quedar rematado en toda su esbeltez y belleza arquitectónicas.

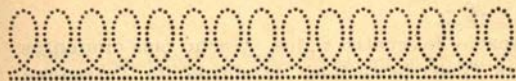
Lo que hay es que el monumento debió sufrir, andando el tiempo, alguna mutilación, y los sillares superiores, que completaban su silueta,

del país señalan con el nombre de *senda ó camí dels romans*. Junto á ella, y en el ángulo en que corta á este camino la carretera de Borriol, se encuentra situado el arco, no lejos tal vez de donde antiguamente estuvo emplazada la villa, porque en aquellos parajes se han descubierto en distintas ocasiones lápidas, monedas, objetos de cerámica, trozos de antiguas edificaciones, y otros restos arqueológicos que inducen á sospechar en la existencia de un núcleo de población. Hoy se halla ésta situada á la distancia de media legua del arco, y en aquel dilatado valle de 25 kilómetros cuadrados, que se llama *Plá del Arch*, solo descuella la oscura silueta del monumento que ha dado nombre á la llanura.

fueron arrancados por la mano del tiempo ó más probablemente de los hombres. Recuérdese, á este efecto, que también el arco de Mérida hubo de ser restaurado, y lo propio el de Tarragona, que llegó á estar en cierta ocasión lo mismo casi que ahora se encuentra el de Cabanes.

Por eso creemos conveniente divulgar todo lo posible la importancia que estos recuerdos de pasadas edades entrañan para el arte y la historia de nuestra patria, á fin de ponerlos á cubierto de ulteriores profanaciones y que puedan ser en todo tiempo objeto de admiración y de estudio por parte de propios y extraños.



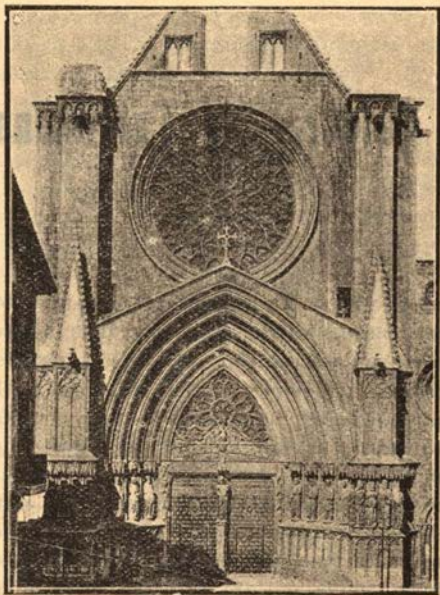


La Catedral de Tarragona

Tiene la vetusta Tarragona tres monumentos que condensan su historia: las murallas ibérico-romanas ya descritas en uno de los números anteriores, que encierran los orígenes de la ciudad y llegan con su historia hasta la dominación romana; el famoso Palacio de Augusto (del que hablaremos tal vez en otro artículo), que encarna toda la civilización romana y gran parte de la visigoda; y, por último, la soberbia Catedral metropolitana, que es un testimonio elocuente de toda la cultura artística de la Edad media. De esta última vamos á dar aquí una ligera reseña, por ser, como las murallas, uno de nuestros monumentos nacionales.

La Catedral de Tarragona se considera como una de las más antiguas de España. Dió comienzo su construcción apenas fueron arrojados de la ciudad los árabes, que la habían habitado por

espacio de cuatro siglos, y echó sus cimientos San Olegario, primer arzobispo de Tarragona



FACHADA DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA

después de la reconquista del territorio, el cual quiso que fuese edificada sobre las mismas ruinas del colosal templo en que los romanos habían tributado culto á Júpiter.

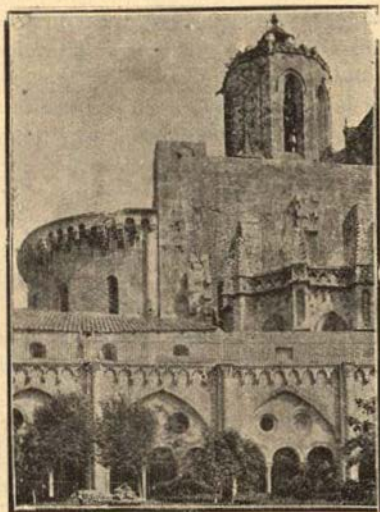
Fué consagrada y abierta al culto en el año 1331, y como durante su construcción tuvo lugar en nuestra península la transición del orden románico ó bizantino al gótico ú ojival, fácilmente se explica que su arquitectura participe de ambos órdenes ó estilos. Unido á esto que en los siglos posteriores se han ido agregando al cuerpo del edificio diferentes capillas y dependencias, construidas bajo la influencia del gusto dominante en su respectivo tiempo, no resulta aventurado que se haya calificado este templo de verdadero museo del arte cristiano.

Muchas cosas dignas de mención encierra la Catedral de Tarragona, pero como no permite otra cosa la breve reseña que queremos hacer de ella en este artículo, solo indicaremos aquellos detalles más sobresalientes.

Una de las cosas que más llaman la atención del visitante, es la monumental fachada, mandada construir á fines del siglo XIII por el arzobispo D. Bernardo Olivella, quien, con objeto de reunir los recursos necesarios, renunció á favor de ella las pompas de su alta jerarquía eclesiástica y se retiró humildemente al Monasterio de Escornalbou. La fachada, no obstante, quedó sin terminar, y así continúa, siendo lo notable más de ella el inmenso rosetón circular, de estilo gótico y artísticos calados.

La planta de la Catedral es evidentemente románica, y tiene la acostumbrada forma de una cruz latina. El cuerpo central del edificio lo

componen tres naves: la del centro, alta y majestuosa (32 metros) y mucho más bajas las restantes (13 m.), hasta el punto de que desentonan bastante del conjunto. La anchura total del templo (sin contar las capillas laterales, que



VISTA DEL ÁBSIDE Y CLAUSTRO DE LA CATEDRAL
DE TARRAGONA

tienen bastante longitud) es de unos 34 metros, correspondiendo 17 de ellos á la nave central; y su longitud, ó sea la distancia que media entre



SILLERÍA DEL CORO

el gran pórtico de entrada y el fondo del ábside, es de 104, dimensión importante para los tiempos en que empezó á construirse la Catedral, que por este concepto aventaja á las de Pisa, Santiago, León, Oviedo y otras muchas de España y del extranjero.

Al extremo de la nave central se halla el gran ábside semicircular, que remata la planta del edificio por su parte posterior. Su estructura es también románica, y puede decirse que indudablemente fué la primera parte que se construyó del templo, á principios del siglo XII, viviendo todavía el santo arzobispo de Tarragona. Visto por la parte exterior, su aspecto es formidable, y su amarillento muro más parece el torreón de feudal castillo que construcción piadosa destinada á guardar las sagradas reliquias del culto. Sus ventanales son tan estrechos que semejan aspilleras, y le coronan una serie de arquitos sostenidos por canecillos (adorno característico de la época), cortados de trecho en trecho por otros mayores que se destacan del muro á manera de parapeto, con todas las apariencias de barbacanas para la defensa de la parte inferior. (1)

(1) Como los tiempos en que empezó á edificarse la Catedral de Tarragona eran de constante lucha contra los árabes, que intentaban en ocasiones recuperar el perdido territorio, nada más natural que los constructores trataran de dar á la obra aspecto y condiciones de fortaleza. Lo mismo ocurrió en el Monasterio de Santas Creus y otros edificios religiosos de la parte meridional de Cataluña, en los cuales aún se ven las murallas almenadas y otras defensas.

Entre los restantes detalles de la hermosa basílica tarraconense que son dignos de mención, descuellan principalmente los siguientes: la capilla del baptisterio, de estilo gótico purísimo, en la que existe una espléndida pila bautismal, de mármol blanco de una sola pieza, que la tradición supone que sirvió de baño á Augusto, por haber sido encontrada entre las ruinas del palacio de aquel emperador; el altar mayor, cuyo precioso retablo, de rico alabastro y exquisita labra, es una verdadera maravilla del arte gótico florido; las dos artísticas puertas de estilo ojival que hay á los lados de este retablo; las tres capillas del brazo derecho del crucero, notables por los calados que adornan su remate y la decoración de sus portadas; la capilla de Santa María, llamada vulgarmente *de los Sastres*, cuya decoración ojival es verdaderamente espléndida; la del Santísimo Sacramento, que ocupa una de las dependencias del antiguo *Arce* romano ó Capitolio y tuvo á un arzobispo por arquitecto; la del Santo Sepulcro, digna de mención por los preciosos arcos conopiales de su portada; el grandioso coro, que sirve de panteón á nueve arzobispos y es notable por su hermosa sillería de roble de Flandes; el pendón que hay sobre el coro, pendiente de la bóveda, que fué tremolado por el arzobispo D. Pedro de Urrea en la nave capitana cuando en 1456 dirigió una armada contra los turcos, por orden del papa Calixto III; las cuatro pilas para agua bendita, de labra bi-



GALERÍA DEL CLAUSTRO

zantina y en forma de cáliz ó copa, al estilo de las que existieron en las primitivas basílicas cristianas; el severo y monumental panteón de alabastro que guarda los despojos reales del glorioso monarca *Conquistador*; y, por último, (aparte de otros mil detalles) el espléndido claustro, adosado al templo por la parte del noroeste.

Este claustro es considerado como uno de los más interesantes y de mayor visualidad entre los de muchas catedrales de la Edad media, y es principalmente notable por la riqueza de materiales empleados en su construcción, aprovechados en su mayoría de las antiguas edificaciones romanas, tan abundantes en columnas, notándose también la existencia de algunos restos de muro de factura antigua, por la circunstancia, que muchos autores apuntan, de levantarse el claustro sobre los terrenos que en tiempo de los romanos fueron una dependencia del *Arce* ó ciudadela, quizá el local destinado á alojamiento de las legiones del imperio que guarnecían á Tarragona.

Cuando en 1811 las tropas francesas del mariscal Suchet penetraron por asalto en la ciudad, después de un largo asedio, la Catedral sufrió más que ningún otro edificio los efectos del espantoso saqueo á que los invasores entregaron la ciudad por espacio de cinco días. Sus altares fueron destrozados y pasto de las llamas los despojos de los mismos, mutiladas las estatuas,

profanadas las sepulturas, y convertidas en cuartel las anchurosas naves y las espléndidas capillas; y mientras el furor inconsciente de la soldadesca realizaba este sacrilegio artístico, el intruso le arrebatava sus mejores reliquias y el gran número de joyas acumuladas durante largos siglos.

Por eso la Catedral de Tarragona, que atesora tantas obras de arte, no es rica en alhajas y ornamentos, pues los que hoy existen son de reciente adquisición, excepción hecha de una hermosa colección de tapices, de asuntos bíblicos é históricos, que cubren las paredes del templo en las grandes festividades de la Iglesia y sus octavas, los cuales no dejarán de llamar la atención del visitante si coincide su llegada con la colocación de aquellos adornos.



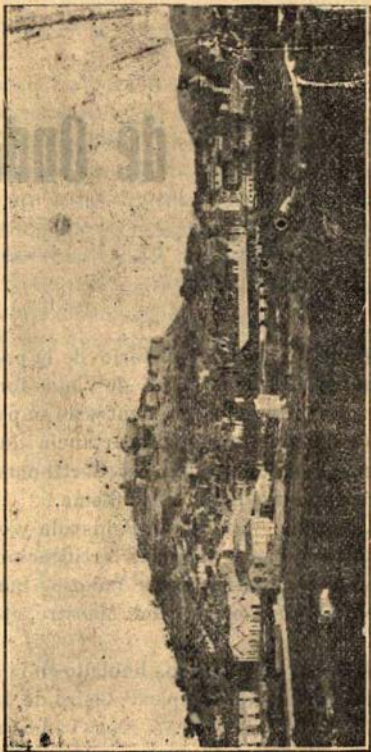
El castillo de Onda

Hay esparcidas por el territorio de la provincia de Castellón una multitud de viejas fortalezas, que son testimonios elocuentes de su pasado histórico y demuestran la importancia que en todo tiempo han concedido á esta fértil comarca los diversos dominadores de la misma.

Jérica, Morella, Villafamés, Peñíscola y otras, conservan todavía sus antiguas fortificaciones y tienen también castillos muy famosos Borriol, Albocácer, Alcalá, Cervera del Maestre, etcétera, etc.

Del de Peñíscola ya hemos hablado en la serie de artículos sobre el antipapa Pedro de Luna, publicados en esta REVISTA. Hoy vamos á dedicar cuatro líneas al de Onda, y tal vez en números sucesivos nos ocupemos de los restantes,

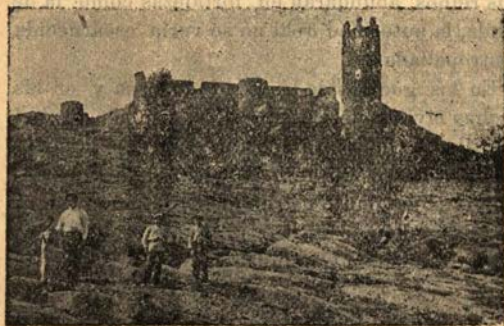
cuando hayamos logrado desentrañar su historia respectiva y podamos ofrecer al propio tiempo la representación gráfica del monumento.



VISTA GENERAL DE ONDA Y SU CASTILLO

Es el castillo de Onda una de las fortalezas

más antiguas y de mayor importancia de la provincia, y su significación militar ha sido mucha en todas las épocas de nuestra historia. Su construcción se remonta á los tiempos de la dominación romana, estableciéndose bien pronto al pie de sus muros y al amparo de los mismos un pequeño núcleo de población, origen de la actual villa de Onda, que los romanos llamaron *Sepelaco* ó *Spelaco*, emplazada junto á la importante *Vía máxima* ó *Aurelia*, que enlazaba las principales ciudades de la costa de Levante y las relacionaba con la misma Roma.



VISTA PARCIAL DEL CASTILLO

Cuando se apoderaron de ella los árabes, restauraron su castillo y ensancharon considerablemente el recinto fortificado, dotándole para su

mejor vigilancia y dñfensa, de un enjambre de torreones y atalayas, por lo que á partir de esta época y no desde el tiempo de los romanos, como dicen Mundina y otros historiadores, se la conoció con el nombre de *ciudad ó castillo de las trescientas torres*. Algunas de estas torres todavía se conservan.

Durante el gobierno de los reyes de Aragón, fué uno de los más firmes baluartes de la Corona y los monarcas la tuvieron en gran estima, llegando á decir Pedro IV *el Ceremonioso*, cuando la visitó á su regreso del duro cautiverio que le hicieron sufrir en Valencia los *unionistas*, que si sus reinos abundaran en fortalezas como la de Onda, la autoridad real no se vería escarnecida y atropellada.

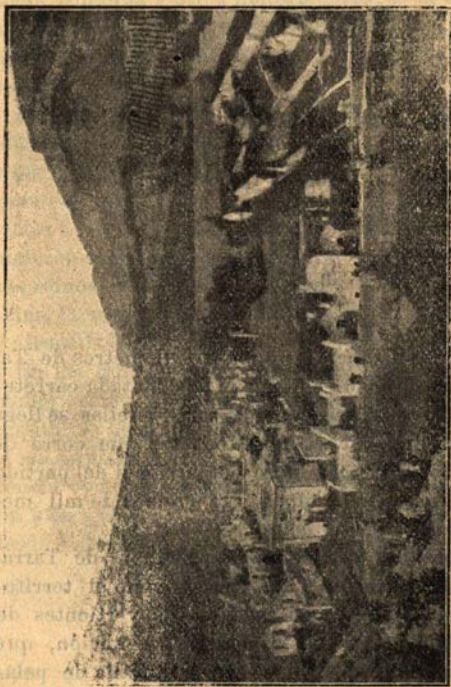
En las guerras de la Edad moderna y en las luchas civiles del pasado siglo, también jugó el castillo de Onda un importante papel, eligiéndole los franceses durante la guerra de la Independencia como punto estratégico y lugar de estancia y de relevo para las tropas que se dirigían desde Valencia á Cataluña.

La Cartuja de "Scala Dei" EN TARRAGONA

A la distancia de unos 40 kilómetros de Tarragona, ascendiendo por la accidentada carretera que desde Reus conduce á las Vilellas, se llega á la abrupta sierra del Montsant, que corre de N. á S. por la parte más septentrional del partido de Falset y tiene una altura de más de mil metros sobre el nivel del mar.

Pocos lugares hay en la provincia de Tarragona tan agrestes y pintorescos como el territorio de esta sierra, cuajada en sus vertientes de espléndidos bosques y lozana vegetación, que contrasta notablemente con la muralla de peladas rocas que coronan las montañas. Desde aquellas elevadas cumbres se domina todo el *Priorato*, con sus siete pueblos diseminados por las profundas laderas; se divisa el azul Mediterrá-

neo, en una extensión de muchas millas, Tarra-
gona con sus viejas murallas, el Ebro y la parte
de provincia que baña este río, las llanuras de



VISTA GENERAL DE LAS RUINAS DE LA CARTUJA

Urgel, Lérida con su antigua catedral, y más al
N. los nevados picos de los Pirineos.

En un frondoso valle de este agreste territorio,

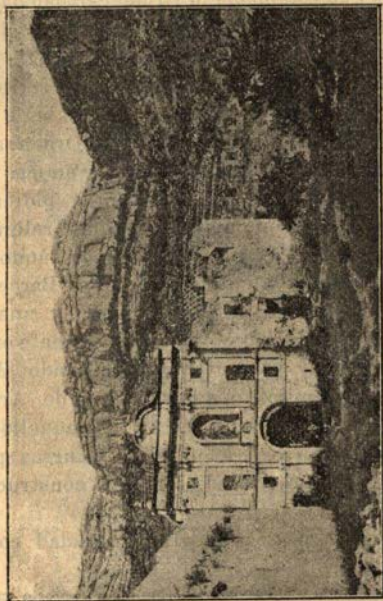
que bordea por su parte NE. el riachuelo ó barranco de Prebona y donde reina de continuo la soledad más augusta, fué levantado á mediados del siglo XII el famoso cenobio de Scala Dei, el primero que estableció la Orden cartusiana en el territorio de Cataluña (1). Debióse la fundación de esta Cartuja á la piedad del rey D. Alfonso II de Aragón, quien en el verano de 1162 escribió al Padre Basilio, Prior de la Gran Cartuja de Grenoble y uno de los fundadores de la Orden, anunciándole su propósito de establecer en sus Estados un convento de aquella regla y pidiéndole con gran interés el envío de algunos religiosos. No tardaron en llegar éstos, presentándose al año siguiente, en número de siete, en Barcelona, donde á la sazón residía el monarca, y una vez que hubieron elegido el lugar conveniente en las vertientes del ya entonces apellidado *Montsant* (2) (casi en los mismos límites de Aragón con Cataluña), les cedió D. Alfonso aquellos terrenos y les entregó además los recursos pecuniarios para que procedieran á la construcción del monasterio.

Aumentóse bien pronto la comunidad con la

(1) El segundo y único otro que hubo en territorio catalán fué la Cartuja de Montealegre, situada en el término de Tiana (Barcelona), que se pobló con monjes de Scala Dei.

(2) Llamóse así por el gran número de ascetas que hacían vida eremítica en algunos santuarios y cuevas de aquellas montañas, muchos de los cuales, por sus virtudes y los milagros que se les atribuían, tenían fama de Santos entre los habitantes de los pueblos comarcanos.

incorporación á la Cartuja de numerosos eremitas ó *donados*, que hacían vida ascética en los santuarios y cuevas del Montsant, y á quienes la severa regla de aquellos monjes recién llegados



ENTRADA PRINCIPAL A LA CARTUJA

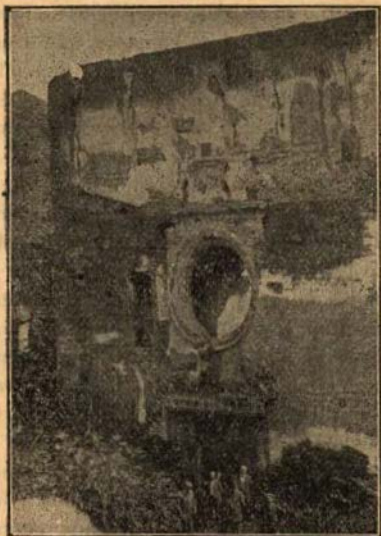
permitía vivir en mancomún sin tener que abandonar sus austeras costumbres. Con esto y las nuevas dádivas del augusto protector se logró levantar el primer cuerpo de edificio y terminar

la iglesia, que fué dedicada al misterio de la Asunción de la Virgen (1). Pedro II *el Católico*, en 1203, ratificó la donación de su antecesor, añadiendo nuevas rentas á las que ya disfrutaba el cenobio y ensanchando los límites de sus posesiones hasta encerrar dentro de la jurisdicción de la Cartuja un extenso territorio, incluso varios pueblos, que fué la comarca que desde entonces se llamó *Priorato*, porque dependía del Prior de la Cartuja. Desde esta época se empezó á citar el monasterio en los documentos con el nombre de *Santa María de Scala Dei*.

Todos los monarcas subsiguientes ratificaron y aumentaron aquellas donaciones y preeminencias: Jaime I les cedió el lugar de La Morera, Alfonso III les otorgó nuevos privilegios, y muchos reyes, además de favorecer al cenobio con su protección, le honraron con su presencia, hospedándose en él y pasando allí largas temporadas, entre ellos Jaime II, Martín *el Humano*, Felipe II, etc. De este modo llegó á gozar la Cartuja de Scala Dei de los mayores honores y privilegios, y poseyó grandes rentas, que destinaba en su mayor parte á reparto de limosnas á los pobres comarcanos, para lo cual cada pueblo del Priorato formaba una lista de las familias más necesitadas y la entregaba al monasterio.

(1) A cosa de medio kilómetro de la Cartuja, en dirección NE. y en la falda de la formidable montaña rocosa que cierra el valle por aquella parte, vése todavía la cantera de piedra arenisca, ó asperón, que explotaron los monjes con destino á la labra de sillares para la construcción del templo

Hoy no queda más que el recuerdo de toda aquella grandeza, y lo que fué antiguamente artístico cenobio no es en la actualidad sino un enorme solar de ruínas, semejante á una ciudad abandonada, donde crecen espesos matorrales



FACHADA DE LA IGLESIA

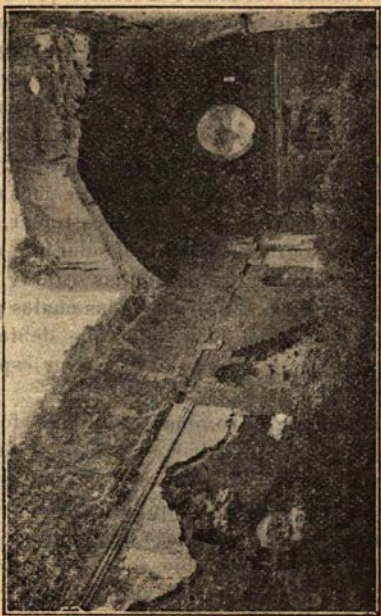
que sirven de guarida á numerosas alimañas. Los muros y restos de sus dependencias que hoy quedan en pie, ocupan una extensión considerable y dan idea de las enormes dimensiones de la

Cartuja; pero es muy difícil hacer una exacta y ordenada descripción de las diversas dependencias de que se componía el edificio, porque el excursionista se pierde y se confunde en aquel dédalo de ruinas, verdadero laberinto que no es posible visitar sin que se sienta la más honda pena á la vista de tanta desolación y despojo. El benemérito P. Barraquer, en su hermoso y nunca bien ponderado libro *Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX*, publicó un croquis ó dibujo de las actuales ruinas y el plano de la Cartuja; nosotros publicamos aquí una vista panorámica que logramos tomar, por medio de la fotografía, de todo el solar que ocupaba el convento, junto con algunas otras vistas de los restos mejor conservados, las cuales pueden dar al lector una idea de lo que debió ser el monasterio en la época de su mayor esplendor.

Tiene la Cartuja, aproximadamente, la forma de un rectángulo. Por la parte meridional se halla el arco de entrada al recinto de la clausura, junto al cual se hallaba la capilla pública, y después de un buen trecho se llega á la monumental fachada de ingreso al cenobio, sobre cuya puerta y dentro de una hornacina existió hasta hace pocos años una imagen de la Virgen, en piedra del país, que ahora está en Tarragona, en la casa-convento de los PP. Cartujos (1). Pasada esta

(1) En la fotografía que nosotros publicamos, aún se vé la referida imagen en el mismo sitio que ocupaba.

puerta, se encuentra enseguida el visitante con la antigua hospedería á la izquierda, á la derecha las oficinas, y en frente la celda prioral y otras varias dependencias.



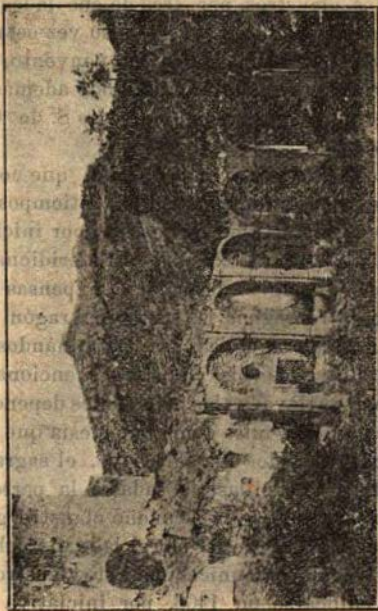
INTERIOR DE LA IGLESIA

Tenía la Cartuja dos grandes claustros, uno al S. del edificio y otro al N., conteniendo este último, que era enorme, la parte destinada á cemen-

terio de los monjes, en cuyo centro descuella todavía un enorme crucifijo moderno, de hierro, que señala la tumba en que descansan los restos del venerable D. Juan Fort, uno de los varones más esclarecidos que tuvo la comunidad. Rodeaban á estos claustros, por tres de sus lados, las celdas de los religiosos, y éstas á su vez estaban circundadas por los jardines del convento, que eran extensos y frondosos, existiendo además un dilatado huerto adosado al extremo S. de todo el edificio.

El claustro septentrional, ó sea, el que contenía el cementerio, fué construido en tiempos del fundador de la Cartuja, Alfonso II, por iniciativa del mismo y á sus expensas. El meridional se construyó dos siglos después, á expensas del arzobispo de Tarragona D. Juan de Aragón, que fué religioso de aquella casa, terminándose el año 1333. Entre los dos claustros mencionados se hallaban enclavadas las principales dependencias del convento, tales como la iglesia que, era muy espaciosa y de una sola nave, el sagrario, la sacristia, las capillas adosadas á la parte izquierda del templo, y un pequeño claustro gótico, adosado á la iglesia por el lado derecho y teniendo con ella comunicación. Este claustro comenzó á edificarse en 1403, por iniciativa del noble D. Berenguer de Gallart, que costeó las obras. Las reparaciones y revocos que han sufrido estos claustros, con motivo de las mejoras y reformas importantes que en siglos posterior-

res se llevaron á cabo en la Cartuja, hicieron que perdiesen su sello arquitectónico primitivo, excepto el llamado gótico, ó más pequeño, que se conserva tal como fué construído y por eso se le llama así.



CLAUSTRO GÓTICO

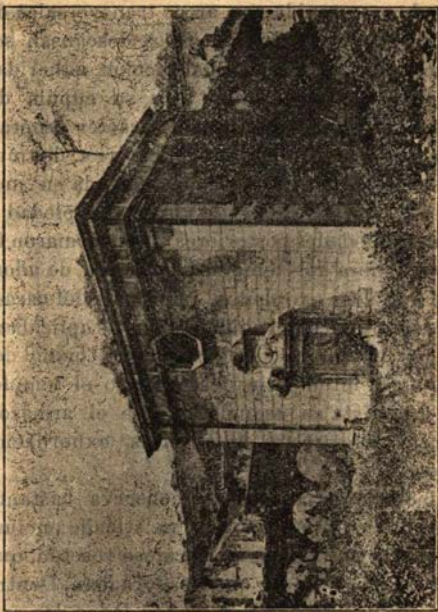
Aparte de este claustro, las dependencias que más completas se conservan son la iglesia y el sagrario, aunque la primera tiene hundida

gran parte de la bóveda. «El templo—dice el P. Barraquer (obra citada, tomo I, página 210)—pertenece al orden románico y es de una nave, formada de pulidos y regulares sillares de piedra, cobijado por bóveda de cañón recto, apuntada y sostenida por arcos transversales de sección rectangular, cuyos cabos descansan sobre medias pilastras de igual sección, adheridas á los muros..... El ábside, bajo su cúpula de cuarto de esfera, no desdice del carácter general, ni tampoco el único adorno del exterior del muro, consistente en una cornisa apoyada en modillones, ó mejor, cabos de viga... La piedad y capitales de edades posteriores, transformaron la primitiva obra del templo. Llenáronle de adornos, si en su ser exquisitos, impropios del carácter arquitectónico del edificio á que se aplicaban. Hoy que el tiempo, la destructora mano del hombre y la intemperie, descarnando el templo, sacan á la vista su esqueleto, vése el armazón romántico y los restos de las ricas exhornaciones posteriores.»

La fachada de la iglesia se conserva bastante entera (véase el fotograbado), existiendo encima de la puerta de ingreso un hermoso rosetón, que ha perdido los calados que le adornaban. Dentro del templo son de notar, á ambos lados, los primitivos ventanales, grandes y estrechos como saeteras, que asimismo han perdido sus antiguos adornos.

El Sagrario está situado detrás del ábside de

la iglesia; es de forma cuadrada, y la puerta de salida al exterior que tiene en el lado opuesto al templo, está trabajada con mármoles negros y es de estilo Renacimiento. El



UISTA EXTERIOR DEL SACRARIO

P. Villanueva, que logró ver aquellas dependencias cuando todavía estaban habitadas por los cartujos, dice de esta pieza lo siguiente, en su *Viaje literario*, tomo XX, pág. 164: «Vi con gusto

el Sagrario, cuya portada ocupa el centro del testero del presbiterio; es una pieza espaciosa y despejada, en medio de la cual se eleva el tabernáculo, que es vistoso, así por lo exquisito de sus mármoles y jaspes, como por las buenas figuras que hay de relieve y estatuas enteras.»

De las restantes dependencias de la Cartuja no es posible consignar una explicación detallada, porque, como ya hemos indicado, casi toda ella se halla hoy día convertida en ruínas. Véanse allí, por doquier, restos de murallones, alas de claustros que amenazan desplomarse, y alguno que otro arco que sirve de comunicación de unas estancias con otras; pero la vegetación es tan exuberante en aquel recinto y han obstruido de tal modo el paso el cascote y los sillares desprendidos de las techumbres, que muchas veces el viajero ha de detener su curso á través de aquellos solitarios patios y corredores, donde en otro tiempo reinaron el orden, la gravedad y la riqueza.



INDICE

.....

	<u>Págs.</u>
La imprenta en Segorbe en el siglo XVII. .	5
Las murallas de Tarragona..	13
Las Islas Columbretes.	23
El arco romano de Cabanes..	29
La Catedral de Tarragona.	35
El castillo de Onda..	43
La Cartuja de "Scala Dei" en Tarragona..	47

